Concurso navidad Capitulo 1

Claudia Duarte Rocha

Image not found.

Capítulo 1

****"Concurso Navidad" está escrita para llegar a las 50,000 palabras en 30 días o menos como lo indica el evento NaNoWriMo 2017 por lo que pido disculpas anticipadas por mis horrores ortográficos y de redacción, pues escribo a todo lo que dan mis dedos pues sólo dispongo de máximo una hora al día para hacerlo. Me llevará al menos otros 15 días terminado el evento, para corregir mi libro y presentarles la versión final. Gracias de antemano, por leerlo y agradeceré aún más sus comentarios para que se convierta en la gran historia que deseo, llegue a ser. Feliz lectura.****

I

La gran ciudad de Hendiro situada en el centro del continente Vogrim, es una de las ciudades más prósperas y cuenta con nada menos que 114 institutos para la formación de sus ciudadanos en futuros profesionistas. Antaño fue una de las ciudades con más nacimientos, pero al igual que la tendencia en el resto del mundo, ése número ha ido disminuyendo drásticamente lo que ha ocasionado que sus amplias instalaciones no estén pululando de vocecillas tímidas como hacía años atrás. En el instituto Ciopromo, ubicado en una colina apartada del resto de la ciudad, su director, el señor Raúl Zomara mira por el enorme ventanal de su dirección hacia el patio viendo el ingreso del grupo de niños de ocho años que ingresan ese mes de mayo para incorporarse a su cuerpo estudiantil. Mira lo de cada año desde hace 30 que él es director: miedo, ansiedad, tristeza y una que otra sonrisa de emoción.

Hablan mucho entre ellos. Es lo normal cuando es su primer día ahí, se les permite pues no saben aún las reglas que rigen los institutos. En las escuelas infantiles, como se les llama a las de educación básica a las que asisten desde el año y medio hasta los ocho, se les va inculcando poco a poco la idea de que sus vidas pronto darán un gran cambio para el bien de su propia ciudad y deben tener respeto por sus profesores, sus escuelas y por la profesión que sus numerosos estudios, han demostrado que deben desempeñar en un futuro.

Pero aun así, a muchos niños no se les puede controlar la imaginación y que piensen en todas las nuevas aventuras que vivirán en su nuevo hogar. Con miedo y tristeza o con lo que sea por haberse separado de sus padres y de toda la vida que han llevado hasta entonces, no pueden evitar preguntarse cómo será la vida prácticamente encerrados durante 15 años en esa enorme escuela que más parecía una ciudad entera tras los muros que todos veían al llegar.

A las enormes puertas, todo lo que podían ver era una enorme barda que rodeaba todo el lugar, para ellos parecía de unos 10 metros de alto, aunque en realidad solo midiera apenas 3, no tenían problemas de alumnos queriendo fugarse o gente queriendo entrar, así que no había necesidad en ninguna escuela de Hendiro de usar medidas preventivas como en otras ciudades del mundo donde, aunque pareciera increíble, aún sucedía.

Al entrar en el autobús que llevaba a los veinticuatro alumnos que ingresaban ese mes, apenas podían sus ojos adaptarse a semejante belleza, era como estar en un cuento. El edificio principal era larguísimo, todo de piedra y elevado como un triángulo en el centro, donde, en el último piso los observaba su nuevo director. Miraban hacia todos lados, donde quiera que vieran alrededor del estrecho camino que lleva directo a un costado de aquella imponente edificación, hay jardines perfectamente cuidados, flores de muchos colores organizadas de tal forma que, pareciera que el arcoíris decidió establecerse ahí porque le gusta tomar el fresco de la mañana. No podían suprimir voces de sorpresa, admiración y elogios para el jardinero o para quien fuera el encargado de hacer lucir como un sueño aquel lugar que varios comenzaban a ver como una prisión.

EL director Zomara observa como un profesor sale a recibirlos y comienza a poner orden y calla los últimos murmullos que ni siquiera le llegan ya a los oídos. Recuerda cuando él mismo ingresó a su instituto, e su lejana ciudad de Selor, al norte del continente. Apenas al egresar fue enviado ahí, lejos de sus padres y su hermana menor, que lo despidió llorando del instituto el día de su graduación. Recordaba que en aquel lugar, una de las tradiciones era dejar a los egresados viajar al lugar que quisieran, les daban un billete para tomar un tren, avión o barco, lo que quisieran y viajaran por el mundo durante un mes. Era un método de recompensa que había propuesto el director Cerar para que los alumnos lo sintieran como una recompensa por tantos años de esfuerzo, despejaran su mente del encierro y comenzaran a trabajar con ansias. Muchos de ellos ni siquiera llegaban a la semana antes de decidir iniciar su vida laboral. Algo les hacía sentir que estaban perdiendo el tiempo en eso. Muy pocos tomaban el mes entero, pero llegaban con las mismas ganas que los otros de ser los mejores posibles para su ciudad o el lugar que les hubieran asignado. Les entregaban también un documento donde constaba que ya eran profesionistas y provechosos para el mundo, aunque éste solo era para que los mismos jóvenes se fueran convenciendo cada día que lo vieran su deber, pues en cada lugar al que llegaban a trabajar solo les tomaban la huella dactilar para ver todo su historial de toda su vida y en las tiendas para saber sus créditos para comprar víveres o lo que necesitaran para su vida. Recordaba que le dieron otra hoja con la ubicación de su nueva casa, la dirección de su nuevo trabajo: Instituto Ciopromo, Hendiro, Colina Junkos, este de la ciudad. Le dio un vuelco el corazón al leerlo. Había sido uno de los mejores de su grupo graduado en

ese lejano mes de Octubre, hacía ya tantos años, pero sabía desde entonces que era lo mejor, así que apenas si volteó para despedirse de su pequeña hermana Giosela, que apenas tenía 10 años y estaba destinada a ser Programadora informática. No tenía idea si era sobresaliente en su grupo, ella intentaba platicar cada día con él desde el día que lo ubicó como su hermano en el Instituto Buur, nunca lo había conocido, él ya estaba en el instituto cuando sus padres decidieron tenerla, más que nada para llenar el vacío que les había dejado aquel niño platicador y lleno de ánimos que se habían llevado casi a rastras para cumplir su cometido con su ciudad. Pero poco a poco, al igual que a muchos de los que iban ingresando el carácter se les iba calmando, cambiando para volverse dóciles al sistema. Como todos, había noches que soñaba con aquellos días con sus padres, con el qué hubiera pasado si no existieran los institutos y solo escuelas como las externas, pero era algo imposible. La única respuesta que seguía es que el caos volvería a reinar o una delicada forma de vivir en la que habría quienes no tendrían ni para comer o no tener donde vivir. Cuando pensaba en eso, volvía a concentrarse en sus estudios.

Lo mismo le pasaría a esos pequeños que seguramente todavía tenían algunos sueños por ahí metidos. La razón por la que lo habían enviado a ese lugar tan cálido ya la que le costó muchos años adaptarse, era que sabían su capacidad para imponer un nuevo orden y educar a buenos ciudadanos. Cuando llegó, no podía decirse que era un mal instituto, no era tan antiguo como del que él mismo venía y era lógico que estuviera algo atrasado comparado con los del resto de la mayoría del mundo, así que él se propuso volverlo el mejor. Y lo había conseguido, no solo era el mejor instituto del centro del continente, sino de todo el continente, de ahí salían ciudadanos no solo para servir a su ciudad, la gran mayoría eran enviados a todo el mundo, incluso, desde hacía cinco años, había instaurado junto con otros institutos el intercambio estudiantil. Este funcionaba en mutuo acuerdo y muy planeado de los directores que consideraban que sus alumnos necesitaban un tipo de entrenamiento no disponible en su institución pues veían que su talento se estaba desperdiciando y sus profesores ya les habían enseñado todo lo que podían y ya no podían ayudarlo a avanzar mucho más.

Los nuevos alumnos fueron tomando sus pequeños equipajes y avanzaron en fila india introduciéndose por la enorme puerta principal, les llevarían primero a lo que serían sus dormitorios por los próximos 15 años para que acomodaran sus efectos personales, que de todas formas poco a poco ellos mismos irían descartando pues el instituto les otorgaba cualquier cosa que necesitaran para estar ahí. Sus dormitorios resultaron estar fuera de ese enorme edificio, había pequeños condominios detrás, no eran tan imponentes, pero igual estaban hechos de piedra, cada uno tenía tres pisos de alto y se eran perfectamente cúbicos, podían verse 24 ventanas por cada lado, era difícil saber cuántas habitaciones tenía cada uno, pero era como si estuvieran vacíos, las cortinas estaban cerradas y una que

otra ventana estaba un poco abierta para dejar entrar un poco de aire, pero nadie se asomaba por ninguna a ver a los recién llegados. Había al menos otros 10 de esos cubos distribuidos por el enorme terreno, dividido en dos por un parque de unos 10 metros de ancho donde había bancas y mesas, árboles que daban buena sombra y senderos perfectamente marcados. Era obvio que nadie se atrevía a pisar aquellos hermosos jardines. Al igual que en la entrada, había todo tipo de flores formando un hermoso paisaje que hipnotizaba siempre a los alumnos. El profesor apuro al grupo para que entrara en el primer condominio a la izquierda, y dejaba grupos de tres en cada dormitorio, no eran muy grandes, pero todo parecía ser muy cómodo, no había adornos y estaba impolutamente limpio. Cada vez que el profesor dejaba a cada trio de niños en su nueva habitación les informaba que estuvieran listos con el uniforme que encontrarían en sus respectivas cómodas a las dos en punto en la entrada de su condominio pues irían por ellos para hacer un recorrido por la escuela. Muchos imaginaban que les tocaría el último piso para poder ver a la lejanía y ver si alcanzaban a ver sus casas, pero no llenaron ni la mitad de habitaciones de la segunda planta, en épocas anteriores un condominio se llenaba entero cada mes y cada mes se desocupaba uno de los egresados, pero ahora, el ultimo edificio que estaba lleno completamente, al día siguiente se vaciaría esperando la llegada de sus nuevos inquilinos.

Al quedarse solos, los niños comenzaban a hacerse amigos. Aunque, notándolo por primera vez, ése grupo solo constaba de varones, no había ingresado ni una sola niña, algunos pensaron que tal vez ellas estaban en los condominios de enfrente y no les permitían verse hasta el recorrido o la hora de la comida. El cubo que albergaba a esos pequeños soñadores fue llenándose poco a poco de vida nueva. Desde un condominio de enfrente, se asomaba por una pequeña rendija de su ventana unos ojos inquietos buscando algo que parecía no estar ahí. Estaba parada en una silla, y otra niña comenzó a llamarla:

Marisol, bájate de ahí, vas a caerte. Es lo mismo de cada mes, mas niños y solo cinco niñas.

Ésta vez sólo son niños... veinticuatro en total, creo— respondió quedamente una pequeña peinada pulcramente en un chongo en la nuca y con su impecable uniforme color caqui.

Ella se llamaba Marisol Tecmochi y procedía de una ciudad del sur del continente llamada Fuegos del Cabo. No sabía porque se llamaba así, era un lugar cálido en verano, pero hacia un frio de los mil demonios la mayor parte del año. Estaba contenta de que la hubieran mandado a ese lugar donde apenas si hacía frio en invierno, aunque veía con gracia como la gran mayoría de los alumnos se abrigan tanto que podían derretirse en esos días. Tal vez era que su cuerpo estaba acostumbrado a lidiar con cosas mucho peores. Su madre le daba comidas "especiales" para eso, y antes de ingresar al instituto de aquella ciudad, cuando habpia cumplido

sus ocho años en el mes de Enero, ella tenía, según los doctores de su nueva escuela, algo de sobrepeso, era bajita, de piel apiñonada, ojos como la miel y el cabello rojizo. Siempre había sido mu platicadora y buena haciendo muchos amigos a donde quiera que iba. Sus profesores de la escuela infantil, terminaban siempre riéndose de sus ocurrencias, era tremendamente creativa, tenía magia en las manos para hacer de todo: escultura, pintura, costura, reparar algún objeto roto, y sobre todo, alegrar los rostros de las personas que la rodeaban. Era la felicidad andando y era algo que desencajaba mucho en el nuevo orden mundial. No era que se les prohibiera a las personas reírse o pasar un momento agradable platicando con otras personas, incluso, a nadie se le prohibía hacer amigos, de hecho, era algo que se estaba promoviendo en banner en las calles y en los programas de tv, pero la gente se sentía reticente a hacer migas con otras personas, se sentían fuera de lugar. Pero Marisol no era como ellos, todavía era pequeña, y le gustaba sacarles una sonrisa a todo el que se dejara, eso la hacía sentirse tremendamente dichosa, sentía que había liberado a una persona de su cuerpo zombi, como solía decirle en secreto a sus padres. Ella siempre había pedido un hermano con quien jugar, pero sus padres le explicaban una y otra vez, que no podrían soportar que dejara a un hermanito desconsolado y triste como ellos cuando ella tuviera que partir al instituto Okaya, que era el más cercano a su casa y que por tradición de esa ciudad, era al que le tocaría asistir.

—Pero pueden ir a visitarme, las visitas no están prohibidas—les respondía con su voz atropellada que la caracterizaba.

Ciertamente, en sus ciudad, se les permitía a los padres y hermanos visitar a los estudiantes los días domingos que eran de descanso obligatorio para todos, pero con el pas de los meses, inevitablemente esas visitas cesaban, para no hacer más doloroso todo y porque los padres estaban convencidos de que distraían a sus hijos de su deber.

Para sorpresa de sus maestros, amigos, familia y todos lo que conocían a Marisol, pocos días antes de que llegara el inicio del mes de Febrero, mes en el cual Marisol debía ingresar pues ya tenía 8 años cumplidos, llegó una carta a la familia Tecmochi con el sello oficial de la ciudad, informándoles que debido a la capacidad que poseía su hija, no era posible educarla en ninguno de los institutos de la ciudad, ni siquiera alguno cercano a ellos. Tenía que viajar al Insituto Ciopromo en Hendiro, al centro del continente.

Algunos no pudieron ahogar gritos de gozo, iera el mejor instituto! Y era solo un sueño para muchos, pero a Marisol le habían enviado directamente ahí, su talento debía ser muy grande. Pero para ella y su familia fue como si les atravesara con una lanza ardiente el pecho. Los días antes de su partida llegaban visitas de sus vecinos a todas horas para felicitarla y darle ánimos a su familia pues sabían lo unidos que eran,

todos estaban conscientes de que nunca volverían a ver a Marisol y aunque no lo dijeran estaban muy encariñados con ella, la iban a extrañar mucho. Marisol y su familia correspondían a su amabilidad con una sonrisa y estrechándoles la mano como era la costumbre en su ciudad, pero deseaban cada noche al irse a acostar que algo increíble sucediera, que por lo menos Marisol pudieran quedarse en un instituto que le permitiera volver a casa al terminar su educación.

El día llegó más rápido de lo que esperaban. Ellos tenían que ir a dejarla a la estación del tren que le llevaría a otra ciudad, de ahí tomar un autobús que la llevaría al aeropuerto y de ahí, un viaje de casi 15 horas para llegar a Hendiro. Todo estaba ya dispuesto, tenían su nombre en las listas de pasajeros. Era como si el gobierno se centrara sólo en la niña y estuviera muy interesado en mandarla lejos de todo lo que ella conocía. Apenas pudo despedirse de sus padres pues en la estación de trenes una mujer menuda y con cara muy seria la apuraba pues había llegado tarde y el tren estaba a punto de partir. Solo les dijo adiós con la mano mientras la mujer tomó su pequeña valija y la llevó del hombro hacia una puerta de cristal donde ya no pudieron acompañarla sus papás. Los miró tratando de decirles con la mirada que haría lo que fuera para volver con ellos, que no los olvidaría y que les escribiría tanto como se lo permitieran. Todo eso se los había dicho desde el día que llegó aquella horrible carta que sellaba su destino; sus padres asentían con una sonrisa y trataban de ser con ella como de costumbre pero no podían evitar ser cada día un poco más distantes para que la separación inevitable no fuera tan dolorosa. Marisol se dio cuenta de eso y aún así sintió cómo se le partió el corazón de ver que sus padres no se movieron de sus lugar para darle un último abrazo, sólo sonrieron y dijeron adiós con las manos y en cuanto la metieron en el tren alcanzó a ver que se daban la vuelta y salían apresurados de la estación.

Le dolía mucho todo eso, quería dar vuelta atrás y seguir con su vida, pero las cosas no funcionaban así, ella tenía un deber y todo lo que podía hacer de ahí en adelante era ser la mejor estudiante de todo el Instituto. Sus padres le habían contado de varias personas que, por ser los mejores les habían permitido elegir el lugar donde llevarían a cabo su profesión. Eso lo tenía que lograr ella. No conocía a ninguna persona que no fuera excelente en lo que hacía, así que no iba a ser nada fácil. Si a ella la habían mandado tan lejos a estudiar es porque era muy buena, y se puso a imaginar ¿qué profesión era la suya? A nadie en su ciudad se le decía a lo que había sido asignado hasta que ingresaban al instituto, y eso no había sido diferente con ella, le daba un poco de ilusión la incertidumbre. Soñaba con ser una gran pianista, o por lo menos una gran compositora para escribir letras a canciones, poemas... o tal vez escritora y todo lo que ella lograra y llegara al resto de las personas las hiciera sentirse tan feliz como ella, hasta ése día, había sido con su familia. El viaje se le hizo eterno y el cambio de clima la incomodó mucho al llegar a Hendiro. Ya la esperaba ahí un hombre con un traje gris perfectamente planchado con un

cartel en donde veía claramente escrito su nombre con una letra tan monótona que se le antojó aburrida, podrían haberlo decorado un poco para hacer más memorable su llegada a su nuevo lejano hogar, pensó, pero las personas ahí parecían ser mucho más conscientes de la importancia de sus tareas en su ciudad. El viaje en coche a Ciopromo no duró ni 10 minutos cuando vio la imponente puerta entre los muros de piedra. Era como un cuento de princesas, realmente esperaba ver un castillo al abrirse las enormes hojas para darle paso al automóvil, pero no era más que una casa enorme de piedra larguísima que reflejaba cálidamente el sol. Nada más verla, comenzó a sudar, ya traía puesto nada más una camiseta de tirantes, se había quitado sus calcetas de lana y sus zapatos de piel gruesa y traía puestas unas sandalias y un pantalón corto pues desde antes de su aterrizaje ya no soportaba el calor, ¡y eso que se suponía que era invierno! ¿Cómo iba a hacer para soportar aquel clima?

Apenas llegando la llevaron, junto a otros niños que ya esperaban en el vestíbulo todos arropados, a su nueva habitación, les dijeron que a las 7 de la mañana en punto tenían que estar en la puerta del condominio para llevarlos a desayunar y darles el recorrido de rigor por la escuela. Esa misma tarde conoció a la que hasta ahora había sido su compañera de habitación, eran las únicas en ése condominio que eran pareja, el resto de las habitaciones albergaban tres alumnas. Ellas habían quedado solas en la tercera planta y en la cuarta había más alumnas de dos grados más arriba, pero apenas si las tomaban en cuenta. A la mañana siguiente, antes de que fueran a desayunar le entregaron una carpeta con sus asignaturas, seguía ansiosa de saber qué es lo que la "gran sabia computadora" había elegido para su futuro. Al abrirla, vio puras letras, todas del mismo tamaño y buscó rápidamente algo que indicara su profesión. Al fin la ubicó casi al final del quinto renglón. No podía ser cierto. Ella era creativa, tenía la facilidad de hacer sentir bien a las personas, podía escribir por horas a mano, las ideas salían fácilmente de su cabeza... ciertamente también era buena en matemáticas y calculando proporciones pero ¿ser MODISTA? No pudo evitar hacer un berrinche y arrojarle la carpeta a los pies a la profesora que las estaba ordenando en fila para llevarlas al desayuno mientras les explicaba las reglas básicas de comportamiento en el comedor.

La mujer abrió los ojos como platos al sentir el golpe en su pantorrilla y volteó buscando quién había hecho semejante cosa tan horrible. Las otras niñas se taparon la boca horrorizadas y una que otra se la taparon pero para esconder su risa. Esa niña rellenita era muy simpática, la habían conocido apenas unos minutos la noche anterior, pero su compañera de habitación la sostuvo de los hombros pidiéndole que se calmara, que eso no era correcto.

—¡No voy a ser modista!— le gritó a la mujer apenas pudo hablar pues su respiración era agitada, su rostro se había puesto rojo como un tomate

del puro enojo.

La profesora seguía sin saber qué hacer. Este era su segundo grupo a cargo y ella sólo debía enseñarles modales, pero nunca se había topado con una niña rebelde. Sabía que tarde o temprano se toparía con una, pero no sabía cómo responder, así que se tranquilizó, levantó la carpeta, la sacudió y le pidió que volviera a la fila. Le explicó que su profesión había sido cuidadosamente asignada basándose simplemente en las capacidades que ella misma había demostrado tener en sus 8 años de vida, y que debían ser muchos sus talentos, estaba segura, que todas imaginaban muchas cosas antes de recibir la asignación, pero que le diera tiempo al instituto para enseñarla y se convencería que era lo mejor para ella y la población.

—¿Me trajeron tan lejos para ser modista?— preguntó apenas haciendo caso de las calmadas palabras de la mujer.

Apareció otra profesora que ya caminaba frente a su grupo de jovencitas de segundo año al que se incorporaron las de ese grado que habitaban el último piso. Con un movimiento de cabeza le indicó a la de primer año ella podía llevar al comedor a sus alumnas mientras ella resolvía “el pequeño inconveniente” como solían llamar a las cosas que sucedían fuera de lo normal. La profesora se hincó para quedar a la altura de esa pequeña que parecía ensancharse cada vez más de tanto enojo.

—¿No sabías cuál sería tu profesión?— le preguntó en voz muy baja para que no escucharan las alumnas que ya pasaban en dirección al gran edificio.

—Si lo hubiera sabido, ¿cree que hubiera aceptado venir tan lejos de mi familia?

—Ya veo—. La mujer miró al piso buscando cómo proseguir y calmar a esa pequeña que ahora era su responsabilidad. Al fin levanto la mirada, sus ojos eran tranquilos y comprensivos. —No sé qué pienses que haga una modista, pero tu expediente dice que eres muy buena creando cosas, manejando proporciones y, algo muy importante— Hizo una pausa para exhalar lentamente —: te gusta hacer feliz a la gente.

Marisol asintió y el rubor en sus mejillas poco a poco fue disminuyendo.

—Pues bien, Marisol, déjame decirte que lo que tú harás puede volver muy felices a muchas personas, puedes crear algo diferente que pueden usar cada día. Una modista no sube dobladillos y cose botones todo el tiempo. Ustedes crean cosas que todos podemos vestir y sentirnos especiales y diferentes a los otros.

Marisol recordó que en todo el camino había visto a las personas vestidas casi exactamente igual, apenas un cambio de color, pero muy suave y en Hendero todos usaban tonos oscuros. La voz de aquella mujer la ayudó a calmarse en menos de un minuto.

—Sólo date la oportunidad de aprender, verás que puedes hacer feliz a muchas personas con lo que tú haces. Personalmente me agradecería mucho un cambio al uniforme de esta institución. —Se puso de pie y le tendió la mano.

En todo su viaje nadie había tratado siquiera de mirarla y esta persona tan joven ahora hasta le sonreía, se veía... humana. Dudó un poco más pero finalmente le dio la mano y se dejó llevar por el jardín hacia el comedor.

—Verás que las cosas no son malas como puedes pensar ahora. Yo ni siquiera soportaba a mi hermano menor ¡y mírame! Soy profesora y me encanta estar con niños, sé que puedo ayudarles mucho, y estoy segura que si te trajeron de tan lejos, si tu forma de vida va a cambiar por completo es porque encontraron algo muy especial en ti y es más fácil que llegue a todo el mundo desde aquí que desde Cabo de Fuego. —Le sonrió con admiración.

Marisol no pudo evitar sonrojarse, pero esta vez al sentirse alagada. Todo mundo en casa le decía que tenía muchos talentos y "la gran mente" tendría problemas al encontrarle una profesión entre tantas que, seguramente podía llevar a cabo.

Adaptarse a esa vida había sido tremendamente difícil. La comida era diferente, la dejaban comer lo que quisiera, pero poco a poco ella misma fue moderándose. Sentía que aquellas cosas jamás la harían sentirse satisfecha como las de su casa, pero entendió que no era así. Adelgazó poco a poco y con sumo agrado pues sentía menos calor en esa parte del continente. Aún ahora, cuatro años después sentía que la primavera y el verano la asfixiaban. Era cierto lo que le había dicho su profesora, era realmente buena creando cosas que hacían sentir diferentes a los demás. Podía hacer un vestido de noche ella sola en menos de dos horas, todo el tiempo sus compañeras de clase le pedían consejos y sus compañeras de condominio, incluso una que otra mayor, le pedían ayuda para arreglar algo de sus aburridos uniformes. Los otros profesores ni el director les habían llamado jamás la atención, mientras hicieran esos pequeños tratos fuera de clases o en su día de descanso.

Marisol escribía cada semana a su familia, pero ella recibía una lacónica carta escrita a computadora cada tres o cuatro meses, donde sus padres solo daban un seco "Sigue esforzándote para servir a tu ciudad". Le dolía mucho, pero no podía imaginarse cuanto más podrían estar sufriendo ellos mismos. Así que mantuvo su cometido inicial: ser la mejor todos y le

dieran la opción de regresar a casa, con sus padres. Si todo el mundo quería sus diseños y sus consejos como lo hacían en esa escuela, entonces podían ir a verla a Cabo de Fuego o escribirle y con todo gusto les confeccionaría algo único y especial.

Pero, aun sabiendo que no se habían equivocado en la elección de su profesión, ella no había olvidado su sueño de niñez: ser compositora, escribir cosas tan bellas que harían a las personas sentirse felices, aún más que llevando algo sólo hecho para ellas. Ya tenía más de 12 años y a cambio de sus consejos y diseños para sus compañeros de instituto, ellos le compartían algo de sus clases si ella se los pedía, así que, además de modista, ella, sin saberlo sus profesores, estaba estudiando literatura y redacción. Ellos lo veían como una forma en la que ella encontraba más conocimiento para su propia profesión. Además de que lo veían como parte de su formación de cultura general, un pasatiempo para que ella pudiera explotar aún más su talento.